

VOY DE VUELTA

He dejado marchar el autobús con mis compañeros en este viaje turístico. He decidido quedarme unos días más en esta ciudad para meditar a solas sobre lo que ha supuesto este viaje para mí. ¿Era esto lo que yo buscaba al iniciar este viaje? No lo sé. Pero lo cierto es que me complicado inmiscuyéndome en problemas ajenos para los que yo no tengo solución. ¿Por qué hago esto? La culpa es por haberme tomado un día libre y destapar una carta que no iba dirigida a mí. Hoy, sin haber aclarado este lío no tengo más remedio que emprender la marcha. No puedo prolongar más esta situación en tierra de nadie que no me conduce a nada. Mañana iré a buscar el billete de vuelta.

El avión resultará más cómodo y rápido, entonces, ¿por qué mi empeño en hacer el viaje de vuelta en autobús? ¿Es que quiero continuar en la misma situación absurda de mi curiosidad? No obstante el avión resulta una alternativa tentadora, pero hacerlo supondría romper el cordón umbilical con mi idea para terminar el viaje. En el avión tendría compañeros de viaje de muy diverso origen, y que no tendrían nada que ver con el ambiente social que yo he encontrado en estos lugares que he visitado en este viaje inventado.



Decididamente haré el viaje de vuelta en autobús. Más largo, más pesado, pero esa es mi decisión. Finalizar mi viaje en la moderna Terminal de un aeropuerto, sería algo así como un final con estafa. Escuchar a una atractiva azafata preguntando qué refresco prefiero me podría sonar como una obscenidad después de haber conocido gente en estado de precariedad. Quiero mantener fresca la sensación de lágrimas contenidas, de angustia y esperanzas, todo en una estresante melancolía. Quiero revivir durante un tiempo más el deseo colectivo de una sociedad que quiere encontrar un mundo más justo, una vida mejor.

Alguna noche, al mirarme en el espejo, creí ver reflejado en mi cara la angustia que atenaza la vida de la gente que me he cruzado por las calles, o con aquellos que he intercambiado algunas palabras. Miedo a no tener futuro, angustia por la impotencia de no saber cómo cambiar esa situación. Mirar al horizonte en busca de alguna señal de algo por venir es una actitud muy repetida. Y en ese no saber qué hacer, van consumiéndose los días y nada allí se mueve. Es un sentimiento antiguo, pero cercano, presente... A

veces presiento haberlo vivido alguna vez. Para eso sirve perder la memoria. Olvidar impide revivir momentos indeseables. ¿Por qué mantener vivos esos recuerdos?

.- ¡Déme un billete para...!

El despertador, con su agudo clarín, rompe la madrugada y mi sueño. Recojo la maleta y salgo a la calle, allí está esperando mi taxi. El recorrido hasta la estación de autobuses, por unas calles desiertas, se hace en silencio. El taxista me mira con ojos acusadores. Tal vez esté molesto porque cree que mi viaje es una huida. Debe pensar que no me encuentro a gusto en su ciudad. Podría decirle que mi viaje es porque mis días de vacaciones se han terminado, pero no lo hago, y al final tengo los ojos tan tristes como los de él.

Llegamos a la estación. Pago la carrera con buena propina buscando una sonrisa en su triste mirada. Ni por esas. Allí dentro el trajín es grande. Personas y equipajes llenan la temprana hora de la mañana de un bullicio que marea. Unas preguntas, y unas respuestas, y al fin encuentro mi autobús, un microbús aparcado delante de una de las puertas de la estación. Un cartel anuncia que aquella es la Compañía en que tengo que viajar. Así reza también en el billete que mantengo en mi mano. Me dispongo a subir.

En el escalón, con la manecilla de la puerta en la mano, me vuelvo hacia la calle que forman los vehículos aparcados, imagino que allí están quienes han venido a despedirme. Una despedida con toda la liturgia correspondiente a ese momento: besos, últimos consejos, suerte, y un beso final. “¡Suerte, y buen viaje!” Agito mi mano al viento de una despedida imposible, y entro en el coche.

Al subir al autobús, y ocupar mi asiento, queda completo el pasaje. Parece que me estaban esperando. Salimos de la estación despacio entre la bruma de una mañana perezosa. A la escasa claridad me parece ver que pasamos un puente sobre el río que rodea la ciudad y que marca la salida definitiva de aquel lugar donde he pasado varios días, y donde he vivido sensaciones difíciles de olvidar, y que en definitiva tal vez era lo que yo venía a buscar. Una extraña curiosidad te lleva a hacer viajes inverosímiles. Este viaje, por el momento, ha cumplido con ese objetivo.

La carretera nos lleva entre campos incultos y caseríos empuñados por enormes naves industriales inmóviles y abandonadas, testimonio de un pasado no lejano cuando el ruido de las máquinas camuflaba la tristeza de aquellos campos yermos. El verdor de la naturaleza, en aquellos lugares, todavía no había tomado el protagonismo dejado por el negro humo de las chimeneas. Los viajeros en aquella temprana hora están en un duermevela que me permite tranquilizar la inquietud por la partida. En un principio tenía la intención de mantenerme

al margen de emociones para reflexionar tranquilamente sobre todo aquello que iba conociendo, pero eso no ha sido posible y creo que me llevo una mochila cargada de impresiones influyentes que tienen perturbado mi pretendida calma.

El autobús se detiene ante un caserío que nos sale en mitad de la nada. Uno de los viajeros se baja junto a un montón de bártulos. Sube una mujer y el pasaje continúa completo. Otra vez por carreteras de tierra entre la perezosa bruma. Campos, campos, y una nueva parada. Esta vez estamos en un cruce de caminos, y el motivo de la parada es un rebaño de vacas que cruza la carretera. Pego mi cara al cristal para ver la curiosa comitiva: delante un hombre marca el paso y el camino, un perro a su lado, y luego del paso del ganado puedo ver a una mujer, cayado en mano y un gran bolso en su brazo. Nadie más parece tener curiosidad por el hecho deben estar acostumbrados a esas inesperadas paradas. A pocos metros puedo ver los corrales de donde ha salido la manada. Cada día saldrán en busca de pastos, y cada noche volverán en busca de descanso. El autobús reanuda la marcha.



El camino sigue sin mayores incidencias hasta que algo en el paisaje indica que el viaje puede estar a punto de terminar. Ahora la carretera es de asfalto y un jardín divide en dos sentidos la marcha, estamos llegando a una ciudad. Primera etapa de mi viaje de vuelta. Entramos en una espaciosa avenida, y por una vía lateral entramos en la estación de autobuses. El lugar no deja de ser un gran descampado a escasos metros del centro de la ciudad, el ruido de un intenso tráfico daba fe de ello. También se ve la cúpula de una iglesia, me imagino que es una de las famosas iglesias que estudiábamos en la escuela, y que sé que hay en esta ciudad. No me atrevo a salir de la estación para comprobarlo, temo perderme entre calles desconocidas, así que daré por cierta mi primera impresión, sería imperdonable pasar por aquella ciudad y no visitar el famoso monumento. Pero este es un viaje de sensaciones, y ahora tengo una muy positiva. Para reafirmarlo compro una postal. Contemplándola me engañaré a mí mismo.

Según me dijeron en la agencia donde compré el billete, una azafata reclamará mi presencia para indicarme el nuevo autobús donde debo montarme para seguir el viaje. Aquí estoy con mi maleta esperando a que una azafata con andar airoso y sonrisa alegre venga a mi encuentro. Pasa el tiempo y nadie acude en mi auxilio. Inquieto por si pierdo mi autobús, busco un lugar donde informarme. Hay un gran trasiego de gente de un

lugar a otro y cada cual va a lo suyo, al fin encuentro una ventanilla. Hay una cola de gente y me coloco al final, ya llegará mi hora.

.- ¡Oiga! ¿Dónde está aparcado el autobús que tengo que tomar?

Enseño mi billete.

.- ¡Ah! Es usted el viajero a quien teníamos que atender. Disculpe pero es que ha llegado usted muy pronto. Su autobús todavía no está listo. Estará aparcado en el número doce. Tardará unas dos horas.

.- ¡Gracias!

Vuelvo a la explanada donde la gente espera turno para subir al autobús que les lleve a su destino. Igual que yo. Miro el número doce. Está vacío. A esperar. Vaya, ahora necesito ir al servicio. En aquella explanada no veo nada que pueda servirme para un alivio. Salgo a la calle. Allí me recibe el chirriar de un tranvía. A la izquierda, al final de aquella avenida, veo la iglesia con la cúpula que destacaba por encima de los tejados. Toda ella es blanca y tiene reflejos dorados. Me gustaría visitarla, pero me da miedo perderme por un lugar lleno de gente y de tráfico. Hacia el otro lado de la calle se destaca el reclamo de un bar. Un café rápido y:

.- ¡Oiga! ¿La toalet?

Vuelvo a la estación una vez aliviado de mis urgencias. El número doce sigue estando vacío. Hay una pareja joven delante del aparcamiento. Puede que esperen el mismo autobús que yo. Coloco mi maleta al lado de la suya y les dedico un saludo. Me miran, me sonríen, y contestan a mi saludo. Su acento es foráneo para mí. Tal vez sean turistas como yo, aunque ellos no parecen desorientados. Yo sí. Necesito conversar con alguien. Desde que salí esta mañana no he hablado nada y temo quedarme mudo.

.- ¿Estáis esperando el autobús número doce?

Una pregunta tonta. ¿Qué otra cosa podían hacer allí? La chica, muy joven, me contesta que sí. Que ya llevan un buen rato de espera, pero según le han dicho no tardará mucho en llegar.

.- ¿Viajáis a...?

.- ¡No! ¡No! Nosotros nos quedamos a mitad de camino. Eso está muy lejos.

Ahora es él el que ha contestado. En ese momento llega un muchacho con dos bolsas enormes. Parece uno de aquellos estraperlistas que se dedicaban a trapihear con aquellos productos que escaseaban en el mercado normal, aunque parece muy joven para tener esa ocupación.

.- ¿Llevan mucho tiempo esperando?

.- No mucho. Pero cualquier espera aquí se hace larga. Y tú, ¿vas muy lejos con todo ese equipaje?

.- ¡Voy en busca del mundo!

Esa respuesta tan rotunda me descoloca: ¿A qué mundo se refiere? ¿Acaso hay por ahí otro mundo y yo no me he enterado?

.- Y ese “mundo” que buscas, ¿está muy lejos?

La pareja joven ríe de este diálogo absurdo. Ellos no deben tener preocupaciones.

.- ¡No lo sé! Pero esté donde esté he de llegar a él. Estoy harto de este mundo en el que vivo. Aquí no hay futuro para la gente joven. Cada vez vamos a peor. Yo he metido en estas bolsas toda mi vida y huyo. Fuera de aquí tiene que haber un más allá para alguien con ganas de trabajar y ganarse la vida.

.- O sea que viajas sin rumbo. Sin saber a dónde ir. A la aventura. A lo que salga.

.- ¡Sí! Cualquier cosa mejor que quedarme aquí.

.- Espero que tengas suerte.

.- ¡Gracias!

Otra vez la sombra de la emigración sin destino fijo, sin garantías, sin saber a dónde van ni dónde terminará su viaje, su billete no tiene lugar de destino.

En ese momento llega el autobús y se interrumpe la conversación. Ha ido llegando gente y se forma cola para subir al coche. A mí me colocan una pegatina en la maleta igual al que me pegan en el billete.

.- Para que no se pierda su equipaje. Ya puede usted subir.

Lo hago, y en pocos minutos se llena el autobús. El conductor marcha a recibir órdenes antes de iniciar la marcha. Cuando regrese arrancaremos. Ya llevamos retraso. Aunque no sé si llevo mi reloj con la misma hora que hay en este lugar.

.- ¡Nos vamos!



Mi asiento está al lado de la ventanilla y puedo ver todo lo que dejamos atrás. Se termina la ciudad entre edificios nuevos que marcan la expansión del casco antiguo. Allí no veo iglesias con cúpulas doradas, allí solo hay bloques de viviendas como colmenas entre calles de asfalto sin alma, y una vegetación implantada con aspecto raquítico. Llegamos a una autovía que ya no dejaremos hasta que cada uno de los pasajeros llegue a su destino. Temo que el último en abandonar el autobús seré yo. El final de la ciudad lo marca una enorme estatua que representa a un soldado alzando su fusil con gesto de victoria erigida allí como recuerdo de alguna famosa batalla.

La marcha se hace monótona y parece que me vence un duermevela. El “estraperlista” está sentado a mi lado, y, pasillo mediante, se encuentra la pareja de jóvenes que estaban en la parada cuando yo llegué. Parece que los asientos nos colocan como una familia bien avenida. Nadie habla y entre el pasaje parece que se instala la expectación normal cuando se inicia un viaje que parece largo.

.- ¡Que todo salga bien!

Este parece ser un deseo colectivo. Me entretengo repasando los ocupantes del autobús. Como el viaje por carretera va a ser largo, hay dos conductores que se irán turnando al volante, un encargado de la compañía, una azafata que parece novia del encargado, y una chica que parece amiga de la novia del encargado. Los ocupantes de los asientos, como guardan silencio en aquellos primeros kilómetros me resulta difícil describirlos, y a mis vecinos ya les conozco. Sobrarán horas para describir al resto de mis compañeros de viaje.

Antes de poder acomodarnos, y con poco tiempo de marcha, el autobús abandona la carretera y se adentra por un descampado, lleno de baches y de irregularidades, a una marcha peligrosa para nuestra seguridad. ¿Qué pasa? De pronto se detiene bajo la protección de unos árboles. En medio de aquel descampado, bajo un sombrajo, veo varios surtidores de carburante. El autobús llena su depósito, y sin más incidentes volvemos a la carretera. ¿Es eso venta clandestina de carburante? ¿O es que esta manera de instalar las gasolineras es normal por estos lugares? Tal vez no quieran que el sol caliente la gasolina. Ellos sabrán.

Pasan unos kilómetros sin otro incidente extraño, pero en ese tiempo parece que entre el pasaje se ha instalado la sensación de que ese viaje se ha iniciado bajo la sombra de algo ilegal. Silencio y expectativa. Incertidumbre. Miradas cargadas de recelo. Indefensión. Angustia. Yo me mantengo al margen de aquella sensación colectiva. ¿Qué podría hacer yo? ¡Nada! Pero algo no anda bien, y en eso tenía razón yo pues más adelante nos volvemos a detener entre unos edificios grises y de aspecto inquietante. Un guardia se acerca y habla con el conductor, éste se dirige a una viajera y le indica que debe bajar del autobús. La mujer baja, y dentro del autobús

creo que ahora se ha instalado el miedo. ¿Dónde me he metido? Tal vez el avión no era una mala idea.

A los pocos minutos vuelven la mujer y el guardia. Hablan con el conductor quien abre el maletero y saca una maleta enorme, sospechosa para llevar solo el equipaje, la mujer carga con ella, vuelven a alejarse, y entran en uno de aquellos edificios. Pasa una buena hora y la mujer no vuelve. Entre el pasaje hay desazón por aquella espera sin sentido. ¿Quién era aquella mujer, y qué llevaba en aquel maletón? Antes de responder a aquel interrogante vuelve la mujer cargada de maleta y sin guardia. Mete el bulto en el maletero, se instala en su asiento, y el coche vuelve a la ruta. Nadie ha advertido que la pasajera ha vuelto más ligera de peso, su cartera ha adelgazado peligrosamente. ¡Tranquilos! ¡No pasa nada!

Me he adormilado y pierdo la noción del tiempo. Cuando espabilo noto que ahora hay conversaciones animadas entre el pasaje, seguramente ha desaparecido la tensión de los momentos vividos. A nadie le gusta la presencia de la policía registrando equipajes. Comienzan a salir a la luz bocadillos y bebidas, es hora de tomar algún refrigerio y yo no sé si está

previsto parar en algún lugar donde poder hacerlo, no llevo intendencia en mi equipaje. Pregunto a mi compañero y él tampoco lo sabe, pero a mi pregunta, la joven del otro lado del pasillo, saca una bolsa con magdalenas y me ofrece. No acepto por cortedad, no por falta de ganas, sin embargo ante su insistencia le tomo una. Está buena. Ojalá hubiera repetido. A veces es uno algo idiota por corto.



El viaje sigue sin mayores incidencias que las quejas de mi estómago. Llega el medio día y paramos en una estación de servicio. Hay que comer. El lugar está muy concurrido, sin embargo nosotros encontramos mesa. No todos los pasajeros entran en el restaurante, muchos comen a la sombra de unos árboles cercanos de las viandas que llevan. Cosas de la economía. En la mesa nos sentamos mis vecinos jóvenes, una mujer que viaja sola, y yo mismo. Del “estraperlista” ni rastro, si come, no sabemos dónde. Mientras esperamos el servicio hablamos de cosas sin importancia para romper el hielo, pero pronto el muchacho me dice:

.- ¿Cree usted que nuestro amigo de las bolsas grandes aceptaría venir con nosotros donde tendrá trabajo? Como una primera salida. Viajar solo, sin un destino fijado, cargado con esas bolsas, no le va a ser fácil encontrar acomodo. ¿Parece un buen chaval verdad?

- En una primera impresión eso parece. Por intentarlo nada se pierde, cuando volvamos al autobús se lo propones, yo te apoyaré.

- Nosotros trabajamos en una empresa agrícola. En un almacén manipulando fruta y verduras. Tenemos trabajo durante todo el año, el trato y el salario es bueno. Hay otros muchos trabajos de temporada, por eso hay sitios donde alojarse por el tiempo necesario. Es un buen lugar para él, si no le gusta, será sencillo dejarlo sin que ello parezca una huida.

- Eso parece interesante. Creo que si acepta vuestra oferta hará muy bien.

- Pero tiene que ser pronto, nuestro destino no está lejos.

Llega la comida y comenzamos a comer. Nuestra compañera de mesa, ha escuchado con atención nuestra charla.

- Ese joven si acepta tendrá suerte. Yo tendría su edad cuando abandoné mi pueblo para buscarme la vida. Nadie me hizo una oferta así, y al principio lo pasé muy mal. Y siendo una mujer sola peor. Muchos trabajos mal pagados yendo de un lugar a otro. Fueron unos años muy duros hasta que encontré una familia donde entré a servir hasta hoy. Estoy contenta. Me casé, tuve dos hijos, y ahora vengo de conocer a mi primer nieto. Si se necesita mi opinión, le aconsejaré aceptar.

En ese acuerdo terminamos la comida y volvemos al autobús con la impresión de colaborar en una buena acción. ¡Otra vez! ¿Por qué me meto en estos trajines? ¿No es este mi viaje de vacaciones? ¡Sí! Pero esta forma de viajar lo he elegido yo, así que a callar. Llegamos a una ciudad. La estación de autobuses llena de gente nos recibe con bullicio y desorden. Allí se queda casi todo el pasaje, mis compañeros entre ellos. El muchacho y sus bolsas también. Ha habido acuerdo. ¡Suerte!

Al volver a la carretera los ocupantes del autobús han menguado. Ahora apenas media docena de viajeros seguimos en él. Yo quedo aislado entre los asientos vacíos, no tengo vecinos con quienes hablar; suerte que el viaje está llegando a su final. Estoy contento porque mi vecino, el “estraperlista”, haya aceptado el ofrecimiento de la pareja para trabajar en aquella empresa agraria. Será un buen lugar para que medite, con cierta tranquilidad, qué hacer en su futuro. Con trabajo, con un techo donde cobijarte cada noche, y entre gente conocida, la vida se ve de otra manera. A él también le ocurrirá.

Estoy adormilado, y la sensación es agradable. Apenas siento los brazos, y mis piernas, siempre con molestias, me parece que ahora son las de otra persona. La mente, mantequilla derretida, pone ante mí una superficie lisa, blanca, anónima... Una enorme pantalla donde mi subconsciente proyecta imágenes y recuerdos viejos, siempre impertinentes. Me veo en el andén de una estación de tren todo repleto de gente. Personas que aguantan sobre sus manos maletas de tela rayada, todas

iguales, atadas con la misma cuerda con que yo sujeto la mía, y en la mirada la pena de los desplazados perdidos en un páramo sin horizonte. Siento en el corazón el frío de la soledad entre aquella muchedumbre, mientras el vapor de las locomotoras lo cubre todo como las viejas películas policíacas. Desolación, tristeza. Algo me recuerda que yo también fui emigrante. Y debería, desde mi sueño, rendir un homenaje a los que se ven obligados a dejar su país en busca de un mundo mejor, una tierra prometida que no siempre lo es.

*Yo conocí un país, remozado, limpio y alegre, que hoy no lo es tanto.
Casas remendadas con tiras de piel arrancadas del alma
Anduve mil pasos ambulantes en busca de despojos con los que
construir un hogar nuevo.*

Un lugar donde renovar la vida.

Proyectos talados por tiempos de desigualdad y desidia.

Las babas del otrora amigo, son las que hoy más intoxican.

Donde falta el pan sobran las penas.

Amor de pobres.

Geranios en la ventana donde se depositan suspiros y nostalgias.

Esperanzas de un beso hoy perdido en un cielo lejano.

*Pena escondida en pupilas mortecinas que reviven recuerdos tristes
sin olvidos.*

Entonces mis lágrimas mojaban una tierra que no era la mía.

Apenas tengo tiempo de reponerme, y el autobús entra en la estación término donde finaliza mi viaje. Cuando pongo pie a tierra nadie me está esperando pues a nadie comuniqué mi forma de viajar. Salgo a la calle y tomo un taxi. Lo que ahora veo atravesando las calles me es conocido y familiar. Nunca antes, pasando por aquellos mismos lugares, había experimentado aquella sensación, y es que había llegado a casa. Es como el breve reencuentro con una vieja amiga, con la cómplice de muchas travesuras de una juventud muy lejana en mis pensamientos actuales. Todo parece igual y distinto, claro que el que ahora es diferente soy yo. Después de haber conocido tanto desarraigo, tanta desventura, la sensación de pertenecer a un lugar concreto y seguro se acentúa. El autobús ha ido desgranando en las distintas etapas historias distintas pero con el idéntico principio: Huir en busca de una vida mejor. El sonido del



llavín al girar la cerradura me suena a melodía angelical. Enciendo la luz y me quedo parado delante de la puerta repasando todos y cada uno de los objetos que adornan la entrada. Sí, ésta es mi casa. ¡Estoy en casa!

La nostalgia por algo reciente hace que me instale en la terraza, la hamaca con un café sobre la mesa, y una mirada involuntaria que mira a lo lejos. Debajo no hay un parque, ni veo un grupo de jóvenes bajo la luz de las farolas hablando sobre el futuro. Lo que hay es una parada de autobús, también un lugar donde la gente suele reunirse en busca de un destino común o distinto. Siempre igual: gente desconocida de quienes no conozco nada y que dan pie para imaginar su personalidad y su circunstancia. ¿Voy a empezar otra vez? ¡No! Voy a recoger la hamaca y terminaré el café sentado en el sofá viendo algún programa en la televisión. El café se enfría mientras veo en la pantalla un autobús que inicia la ruta hacia un lugar que desconozco. ¿Irá en él algún “estraperlista” y una pareja joven que le ofrecerán ayuda? No lo sé, pero quiero pensar que sí.

Como verán este viaje es muy distinto al que habría realizado junto a mis amigos, y del que yo me desapunté, yendo de un lugar a otro, visitando iglesias y monumentos, llegando rendidos al hotel y sin ganas de disfrutar de la oferta nocturna. Y ahora, una vez en casa, contemplarán en un almanaque aquel paisaje con “vistas maravillosas” que vieron después de andar por caminos de tierra y piedras, y que en directo no fueron capaces de disfrutar. El mío ha sido mejor, por más interesante.

Aunque creo que mi viaje entre sueños no va a terminar nunca, pues el billete no tiene fecha de caducidad. ¡Seguro! Me voy a la cama. ¡Buenas noches!



Emilio MARÍN TORTOSA

Fin de este viaje inventado.